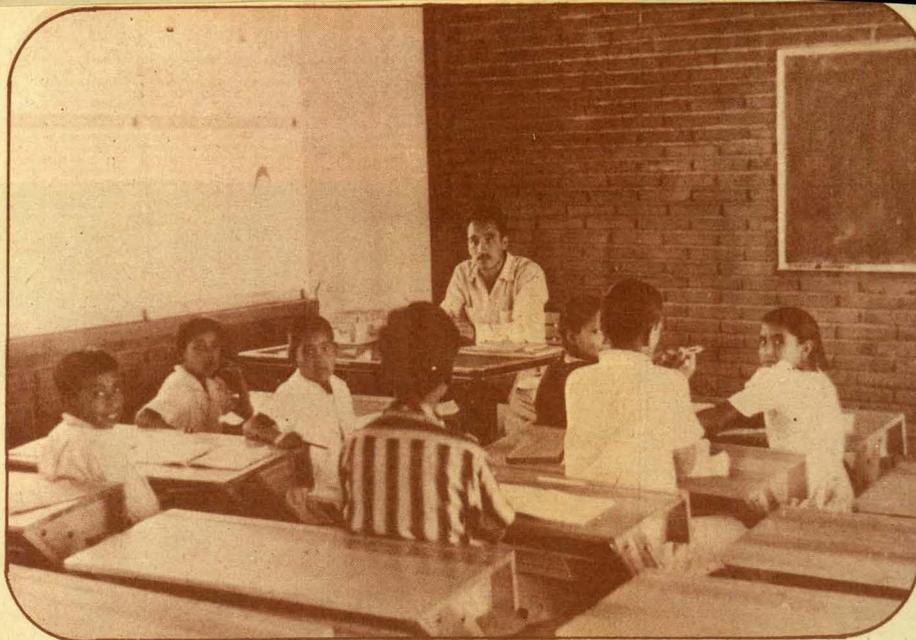


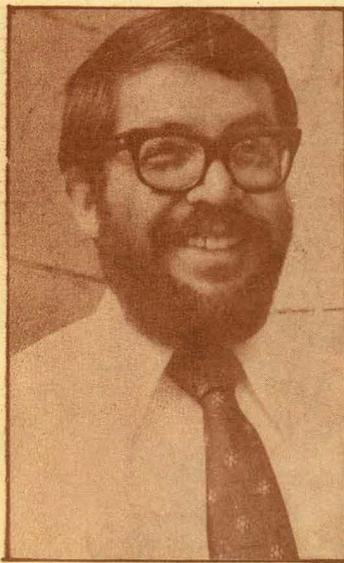
# Maestros de Ayer Y Hoy

SU TAREA ES LA MÁS NOBLE  
Y ORIENTA NUESTRA VIDA

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



En la primaria se inicia el desfile de seres gratos.



Pasado mañana será otra vez quince de mayo, y los maestros serán festejados conforme a un reiterativo y tedioso calendario cívico. Hay motivos sobrados para dar a los profesores un lugar relevante en la sociedad, por la tarea de modelación de conciencias que presuntamente les corresponde, y sin embargo en México se les pone en los altares mientras que se les regatea una condición social acorde con la trascendencia que decimos atribuir a su papel.

Casi todos, aunque pocos tengamos el privilegio de poder transmitir al público estas vivencias, guardamos el recuerdo, cuando más afortunados la presencia, de nuestros maestros, de quienes lo fueron de modo formal en

las escuelas, o nos dieron lecciones en la vida. Si se me permite hacer mis propias evocaciones traería en primer lugar a la memoria a mi propia madre, que cuando me enseñó a leer y escribir había hecho ya lo propio con unas veinte generaciones y no ha parado de hacerlo desde entonces, en su entrañable salón de clases que, ahora vecino a su casa, durante largos años le robó el espacio que ella hubiera querido dar a sus hijos.

Luego, ya en la primaria, se inició el desfile de seres gratos, y por lo mismo fácilmente recordables. Tres figuras sobresalen en esa galería de retratos. Son las profesoras Carmen Alvarado y María García, así como la directora Gudelia Bautista. Trabajaban en una pequeña escuela de barriada, en Pachuca, pero respetaban a sus educandos como si éstos fueran alumnos de Eton. Tengo presente la inteligencia y la sensibilidad de las tres para conocer a sus escolares, para interesarse en ellos, para darles calor humano además de transmitirles lo que sabían.

En la secundaria para hijos de trabajadores, el profesor de Castellano, una gloria literaria local, don José Ibarra Olivares, nos condenaba cuando nuestra ignorancia frente a sus interrogatorios lo hacía incurrir en impacencias: "Bueno, al fin y al cabo para qué han de saber ustedes de concordancias y gerundios, si van a parar en torneros". Recuerdo también, con agradecimiento, las enseñanzas de Humberto Velasco Avilés, quien hizo un tránsito no infrecuente en nuestro sistema político: de la gerencia de la Cámara de Comercio a la alcaldía de Pachuca, a una diputación, a una magistratura; de Donaciano Serna Leal, limpio y alegre servidor público, reemplazante durante breve tiempo de don Francisco López, que dio rango académico al aprendizaje biológico; Manuel Sanchez Vite en la gubernatura hidalguense; adquirido subrepticamente; al viejo maestro Gómez, profesor de dibujo, continuamente hostigado por sus insolentes alumnos sólo porque era un anciano, circunstancia imposible de calibrar cuando se está en la adolescencia; al dulce Luis Craules en cuya cabeza calva deposité un día, por error, porque el blanco era otro, un salvazo lanzado desde la planta alta; a don José Orozco, probablemente ebrio con frecuencia según recuerdo, pero que con diligencia se esmeraba en hacer carpinteros duchos a una parvada de jóvenes afanosos por desclasarse; al famoso Andrés Márquez, notable por su extremo descuido en el vestir y en el aseo personal, lo que debiera poner en duda ante espíritus superficiales la eminencia de sus conocimientos médicos. Se contaba de él que un rico pachuqueño se sorprendió cuando le informaron en Rochester, en-

tonces la Meca de la medicina como lo es Houston hoy, que debían hacer venir de México al único cirujano capaz de atenderlo, y resultó ser el desgarrado doctor Márquez.

En la Preparatoria fueron más notables las influencias de mujeres y hombres buenos como Esperanza Ortega y Francisco Zapata, que sin solución de continuidad pasaban de los análisis clínicos y el sillón de dentista a hablarnos de la historia universal o de la revolución mexicana. Por Serafín Trevethan, un espíritu agrio por riguroso (echaba de su clase a los estudiantes que vestían pantalón vaquero gruñéndoles: "Váyase, aquí no hay majada qué sacar") supe de las ciencias sociales y en sus reuniones extracurriculares de los sábados aprendí el valor de la conversación para llegar al conocimiento. El humor fino y apacible de don Clemente Cabello, un cardiólogo que enseñaba sicología, contrastaba con las furias permanentes de Jesús Morales Monter, por quien muchos aprendieron a odiar el latín y el griego. El ingeniero Jesús Corrales González nos abrumaba con su propio ejemplo: era ya un alto funcionario de la compañía minera y se afanaba sin embargo en ser un diligente estudiante de leyes, carrera que también coronó, convertido en un experto en derecho minero. Don Pedro Espínola Noble, en fin, me enseñó literatura universal, me prestó volúmenes de su propia biblioteca y de la librería que compró, impaciente porque antes sólo vendía manuales escolares, y confió en nuestras potencialidades al inducirnos a organizar actividades extraescolares que fueron fructuosas en la formación de nuestro carácter.

La fortuna de tener por maestros a seres valiosos se prolongó y ahondó en la Universidad Nacional. En la Facultad de Derecho nos enseñó sociología, con conocimientos ya entonces obsoletos, pero con elocuencia tal, que le aplaudíamos al terminar las clases, don Leopoldo Baeza y Aceves; don Antonio Armendáriz, subsecretario de Hacienda entonces y que poco antes de concluir el curso de 1960 fue nombrado embajador en Londres, nos contaba de sus pobrezas estudiantiles, cuando aprendió a caminar muy erecto, no por prestancia que no facilitaba su talla, sino para que el saco ocultara piadosamente la luída parte de su pantalón que cubría sus asentaderas. Nos impresionaba el profundo contraste, concretado en horas sucesivas de clase, entre la frivolidad alegre de Froylán Hernández (que pasaba sin tropiezo de hablar de las Pandectas y el Digesto, de Gayo y Ulpiano a los resultados del fútbol del último domingo) y la severidad enojona de don Rafael Rojina Villegas. Don Antonio de Ibarrola llegaba con manchas de polvo en las rodillas del pantalón, denotadoras de su temprana asistencia a misa, y los que nunca seríamos propiamente abogados sufríamos hasta el tedio los términos procesales de que inútilmente pretendían imbuirnos don Fernando Flores o don José Franco Serrato.

En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales impresionaba ver a Rubén Salazar Mallén en su sincera vehemencia anticomunista; descubrir con don Jorge L. Tamayo que la geografía no es mero catálogo de ríos y montañas, sino instrumento indispensable para la comprensión de los fenómenos económicos y políticos; entrar de la mano de don Ernesto de la Torre Villar en el uso de las técnicas de la investigación; pasar por encima de la parsimoniosa voz de don Alfonso García Ruiz para encontrar en sus enseñanzas de historia mexicana rumbos seguros para la reflexión; compartir con don Enrique Anzures la complicidad de tener, bajo el pretexto de eficaces lecciones de inglés otras, invaluable, de vida.

Uno se ufana allí de recibir clases de quienes entonces eran punteros en la creación de espacios políticos libres y plurales, como Horacio Labastida (a quien por sus cursos de teoría social le perdono el que me llame Agustín, confundíndome como (Pasa a la página 70)

### AYER Y HOY...

(Viene de la página 12) muchas personas con Agustín Granados, confusión en que lo único malo es que él trabaja para Televisa), Enrique Velasco Ibarra, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea. De Juan Pérez Abreu quiso retener el conocimiento puntual y experto de la Constitución de que hacía gala con su ánimo jovial.

María del Carmen Ruiz Castañeda transmitía a sus alumnos apenas una parte del vasto caudal de sapiencia hemerográfica que la ha convertido en la gran historiadora de la prensa que es hoy; don Luis Castaño expresaba su confianza en que la regulación jurídica de los medios no ahogará su libertad; don Henrique González Casanova nos apabullaba con la variedad de sus talentos; don Fedro Guillén florecía por la frescura, espontánea y grata con que reemplazaba contenidos de cursos que de todos modos no importaban, por cálidas charlas sobre sus clásicos: Tolstoi, Vasconcelos, Romain Rolland, Bolívar. Don Fernando Solana nos daba la dimensión moderna, y lejana de la aldea, de lo que podía ser la prensa. Don Mario Rojas Avendaño llevó a las aulas su vieja experiencia en el oficio.

Muchos nombres quedan en la cabeza. Pero el ejercicio de recordación debe concluir. No ha sido un abuso hacer aquí mis propias memoraciones. Ponga usted sus nombres en vez de los míos y verá que lo invade un sentimiento de gratitud.

CONJUGA



CUIDEN LA ORTOGRAFIA, NO ES LO MISMO VOTAR QUE BOTAR.

CONJUGAR EL FUTURO DEL VERBO VOTAR